

mo si hubiera sido vencedor. Todas las clases sociales estaban representadas en la multitud de personas que fueron á encontrarle y á felicitarle en coche, á caballo, á pié. Cosío recibió aquellas muestras del cariño popular, se enterneció con las manifestaciones del entusiasmo público. Despues, nuevo Cincinato, se retiró á trabajar á una pequeña finca de campo inmediata á la ciudad que tanto amaba. Allí le sorprendió la enfermedad que le abrió el sepulcro, cuando había triunfado la revolucion de Ayutla, cuando había sido nombrado nuevamente gobernador, cuando el Estado necesitaba más sus patrióticos y desinteresados servicios.

CAPITULO XIII.

Decadencia.

(1850—1852.)

Rodriguez.—Las facciones.—Lucha innoble y obstinada.—Elecciones.—Prostitucion de la prensa.—Pérdida de las cosechas.—El cólera.—La exposicion.—Proyecto grandioso.

LA HISTORIA demuestra que, como dice Salomon, *no hay cosa nueva debajo del sol*, que los sucesos de hoy son reproducciones de los que tuvieron lugar en los anteriores siglos. Tuvo Atenas su edad heroica, sus glorias de Maraton y Salamina, para ver despues que los anarquistas pusieron en manos de

Alejandro el Grande la ciudad de Minerva, conquistada mas tarde por el acero romano. Roma tuvo su Caton, su Paulo Emilio, su Camilo, para ver morir la República en manos de los vencedores en las Galias, para que la corrupcion diera el poder al loco Calígula, al tirano Neron, al bajo marido de la infame Mesalina, y para que en la capital del mundo estampara sus pezuñas el caballo de Atila. Así nosotros tuvimos nuestras glorias de Monterey, Angostura y Valle de México; presenciamos los soberanos esfuerzos de un pueblo desarmado, los cruentos sacrificios de las víctimas que exhalaban el último suspiro victoreando á Aguascalientes, para determinar—y tan pronto!—no solo la pérdida de la soberanía del Estado, sino una época de decadencia, para ver que la anarquía debilitara nuestras fuerzas y nos deshonraran las facciones.

Voy á consignar tristes sucesos, y bien quería evitarlo, si no debiera sacrificar mi voluntad á la verdad histórica, si pudiera dejar de cumplir el deber de tributar un homenaje de respeto á la imparcialidad. Por honra del Estado, quizá deberia romper mi pluma antes que mojarla en el cieno donde se sumergieron los bandos que se levantaron en Aguascalientes en la época cuyos sucesos refiero; pero debo revelarlos, esperando que esto sirva para que no se reproduzcan en lo sucesivo. Sé por otra parte que todavía existen actores de la comedia, trágica á veces, á veces satírico-bufa que se representaba entónces, y se declararán ofendidos; despertará su susceptibilidad contra quien debe consignar sin vacilaciones la verdad histórica, contra quien está resuelto á no adular las pasiones de

los que, ciegos por ellas, provocaron luchas que condenan la moral y el patriotismo, y á las cuales, para su honra, fué extraño el pueblo.

A principios de 1850 dejaba el señor Terán la jefatura política y se dedicaba á la direccion del colegio con una asiduidad que produjo los mejores frutos, y le substituyó D. Atanasio Rodriguez. Era éste un hombre del pueblo, farmacéutico y médico sin título, no muy conocedor de los ramos de la administracion pública; honrado, devoto, de trato afable, desinteresado. Tenia relaciones con casi todas las familias, era consultado por muchas de ellas, y de otras conocia hasta los secretos que le confiaban. Era popular y su popularidad crecia en el puesto que desempeñaba; pero irresoluto, débil, una bandera explotó á este hombre convirtiéndole en su instrumento.

Poco despues tenian lugar las elecciones de diputados á la legislatura de Zacatecas. Luchaban en ellas el partido "duendil" y el partido "triple," pero luchaban con toda clase de armas, aun las vedadas por la moral y la decencia. Contaba aquel con el jefe político y una parte del ayuntamiento; el otro con algunos municipales, con el jefe de las armas y con la mayor parte de los hacendados. Tuvo lugar un conflicto entre los poderes de Zacatecas que se retiraron á Aguascalientes, y cada bandera buscaba el apoyo de éstos, principalmente el del gobernador D. Antonio García. Cesa el conflicto, regresan los poderes á la capital y entonces los bandos no tienen mas fin que el cambio del personal del ejecutivo, cuya proteccion mendigan, ya sea el depositario de él D. José Gonzalez Echever-

ría, el licenciado Solana ú otro. Se quería un apoyo, no importaba saber cuál; se deseaba imperar en Aguascalientes, y lo demás significaba muy poco.

Un combate que inspiraban tan despreciables móviles y se sostenía con tales armas, no podía menos que ser desastroso y funesto. Nada levantado, nada patriótico; era la lucha de los intereses mas pequeños, de las mas bastardas aspiraciones; y es lo mas triste que pocas personas de alguna significacion dejaban de tomar su puesto en aquel campo donde las mas bajas pasiones se agitaban, manteniendo incesantemente un tumulto escandaloso.

Eran los hombres mas notables del partido *triple* los coroneles D. Francisco Flores Alatorre, D. José Longinos Rivera y D. Celso Diaz; los licenciados D. Francisco de B. Belaunzarán y D. Francisco de B. Jaime; D. Antonio Rayon, D. Miguel Belaunzarán, D. Ignacio Marin, D. José María Arteaga, D. Miguel Olavarrieta, (militar retirado,) D. Nazario Diaz y otros muchos, no siendo extraños á ese círculo D. Jesus Terrán, D. Carlos Godefroy y algunos mas. En el bando opuesto figuraban en primera línea los licenciados D. Domingo y D. Isidro Arteaga, D. José María y D. Pablo N. Chávez, D. Jesus Carrion, D. Rafael Parga, D. Estéban Avila, D. Jesus F. López, D. Antonio Cornejo, el jefe político Rodriguez y otros. Había en los que formaban aquel círculo mas talento, mas instruccion, mas representacion social; en los otros mas firmeza en los principios democráticos, mas prestigio como liberales, y mas astucia y audacia. Algunos de aquellos tenían tendencias aristocráticas que tan ridículas son

en una sociedad pequeña y modesta; los otros estaban mas en contacto con el pueblo, principalmente con los artesanos, que son allá numerosos, y con los sencillos agricultores, gentes que fueron explotadas por ellos. Conoce el lector el teatro y los actores; ahora es preciso iniciarle en el conocimiento de las tendencias de los partidarios, es indispensable que vea los sucesos y los juzgue con su sano criterio.

Las tendencias eran estas: se disputaban dos curules, una jefatura política, el mando de una pequeña guarnición, dos juzgados de primera instancia, la aduana y una oficina de contribuciones directas, y los medios para satisfacer esas aspiraciones diferían segun el viento que soplabá en Zacatecas. En un anónimo que redactó D. Estéban Avila, dirigido al gobernador Solana, se indicaba que D. Ignacio Marin, jefe de las armas, podría pronunciarse, y éste fué destituido, sustituyéndole D. Rafael Parga.

Ya he dicho que este era un hombre honrado, pero sin iniciativa, sin talento administrativo. Marin lo tenía, y además fué puro en el manejo de caudales ajenos; y lejos de dar motivo para tal destitucion, tenía títulos á la gratitud del gobierno á quien servía, si los gobiernos tuvieran gratitud. Marin introdujo racionales economías en la administracion del cuerpo que mandaba, cosa que él solo sabia; y sin pedir un centavo al erario, puso en brillante estado la fuerza pública. Los caballos, las monturas, las armas, los elegantes y costosos uniformes, todo habia sido mejorado ó comprado por Marin, que pudo en aquellos dias presentar sus soldados en una revista de los mas bien equipados cuer-

pos del ejército del país. Naturalmente este hecho fué aplaudido por el bando *triple*, lo que era justo, pero no lo fué que éste estampase en su periódico frases que lastimaban la reputacion de Parga y de los suyos.

Entre tanto las elecciones tenian lugar de la manera mas escandalosa: el colegio electoral fué convertido en una plaza de mercado, en un campo de Agramante. Los contendientes se cambiaron insultos de esos que dejan una huella imborrable, un recuerdo amargo, un ódio profundo, y Flores Alatorre se avanzó sobre Carrion, á quien antes habia recriminado, formulando contra él cargos que solo un juez puede hacer á un reo convicto y confeso. El tumulto concluyó siendo elegidos diputados los licenciados Terán y Jayme.

El triunfo ensoberbeció al bando *triple* é hizo subir de punto el despecho del contrario, cuya hiel se vertió en el *Duende*, publicacion hebdomedaria, que se decia joco-seria, pero que realmente era un padron de insultos y calumnias. Fuera de algunos artículos ó composiciones, én verso, del género ligero, en cuyo estilo no era difícil reconocer las plumas de Avila, López y Cornejo, que tenian *chispa*, *sprit*, lo demas del periódico lo llenaban la calumnia, la injuria, la chocarrería; todo escrito en el lenguaje mas vulgar é incorrecto. Sin temor, pero sin pudor tambien, se heria á todos los contrarios al referirse á sus actos públicos, mintiéndose casi siempre, y ojalá que esto hubiera sido todo! Sin respeto á la moral y á la decencia, á la sociedad y á la familia, se alzaba audazmente el velo que cubre la vida privada, y aparecian en el periódico los errores, las de-

bilidades del hombre sometido á la influencia de una pasion, agrandados aquellos por la calumnia, exagerados por el ódio. En una publicacion periódica veia el padre su afrenta y los hijos la vergüenza de su padre; la esposa encontraba hasta las pruebas de las infidelidades del esposo, pruebas que encuentra fácilmente la mujer que ama, y de esta manera se trocaba la vida tranquila y feliz de las familias en una existencia de infortunio y lágrimas. No era aquello la lucha política del club, de la tribuna, de la prensa; era el combate sostenido perseverantemente por el deseo de saciar ódios profundos, hasta llevando al hogar doméstico, al lecho nupcial, la hiel de los rencores, el veneno de la discordia..... No se distinguia por su moderacion el periódico órgano del partido *triple*; pero es preciso decir que, si éste se habia acercado al fango y comenzado á sumergirse, el *Duende* se habia revolcado y perdido en él.

Fácilmente se comprende hasta dónde llevaron las pasiones exacerbadas esa vergonzosa é inicua polémica, que revelaba poca cultura y moralidad, que prostituia la prensa en esos dias. (1) Nada era respetado; se heria cuanto mas ama el hombre—su honor, el miste-

(1) Se ha visto que Cosío compró una imprenta en donde dos años antes se publicaban el periódico oficial, hojas sueltas, etc. Anteriormente solo existian dos establecimientos tipográficos muy pequeños, que carecian de prensas de fierro etc., uno de la propiedad de D. Vicente Alonso Hinojos y el otro de la de D. Diego Perez Ortigosa. Uno y otro tienen el mérito de haber llevado á Aguascalientes este elemento civilizador en todos los países, pero principalmente en los regidos por instituciones democráticas.

rio de sus debilidades, la familia, el hogar; de manera que el ódio político, la pasión de bandería todo lo sacrificaban, hacían sus víctimas á la esposa y al hijo inocentes, y la moral y la sociedad fueron minadas en su base. Se debilitó, se heló el trato social; familias antes unidas estaban en pugna; la discordia llevó su destructor influjo hasta el extremo de desligar lo que habían ligado el cariño, los recuerdos de la infancia, los goces de la juventud y la sólida amistad de la edad madura.

A todo esto se agregaba la calumnia lanzada en otro terreno. Es herido alevosa y mortalmente Avila, y se dice que Marin, Rayon y otros, incapaces de cometer un asesinato infame, son los autores del crimen; se hace circular la especie de que D. Pablo N. Chavez recibe una puñalada que no le hizo mal, hecho que jamás fué comprobado, y se designa á las mismas personas como asesinos. (1) Y el vulgo, siempre ávido de novedades, ansioso de impresiones y siempre malévolos, acogía las atroces calumnias y hacía ver como criminales de la peor clase á hombres honrados. Cuál sería la pena, cuál la angustia de las familias á cuyos jefes se designaba como asesinos vulgares?

El partido *triple* negaba estos hechos, rechazaba con términos enérgicos las calumnias que debió haber despreciado, y sostenía que "de otros enemigos que

(1) Avila me confesó varias veces que no fué víctima de un ódio político, que sabía quién le hirió. Respecto del pretendido asesinato de Chavez, bastó el trascurso de unos cuantos días para que se comprendiese que aquello fué una comedia cuya grosera trama se vió fácilmente, y que tenía por objeto hacer recaer sospechas sobre Marin.

no sean los políticos deben cuidarse *los duendes*, porque éstos forman un partido que es el partido de la *leperocracia*." D. José María Arteaga dijo por broma que él sabía quién había herido á su compadre Avila. Inmediatamente fué llamado por el juez y se burló de éste y del "partido que vé visiones."

Tal era la situación en esta época, (1850—1851) á lo que se agregan otros sucesos que mantenían intranquilos los ánimos. Tuvo lugar una defección de tropa que desconoció á su jefe D. Isidro Arteaga, que no costó sangre, la que fué regentada por el general D. José María Yañez, por Rayon y por Arteaga. (D. José María.) Ese acontecimiento no dió los resultados que esperaban sus autores, de los que fué instrumento el sargento 1.º D. Gregorio Cuevas, y el círculo cuyo órgano era el *Duende* siguió imperando.

A los males de la situación, los peligros que entrañaba, se agregaron otros más trascendentales. Perdiéronse las cosechas y las semillas se vendieron á un precio fuera del alcance de las clases proletarias, y habrían vendido más caras, si en esa época no hubiera abolido Zacatecas las odiosas alcabalas, ese impuesto anti-económico y absurdo que es la rémora para el desarrollo de nuestro comercio interior. El Estado había despreciado la rutina, se había elevado sobre las preocupaciones, y dió el ejemplo de sustituir á aquel sistema el de la contribución directa, que afecta los productos y no el capital ni el consumo, que facilita todo género de transacciones, aumentando el tráfico, y realiza la hermosa teoría de la libertad absoluta del comercio.

A pesar de esto, la carestía de los efectos de primera necesidad pesaba sobre aquella sociedad infortunada. Había escasez de semillas, es cierto, pero los especuladores abusaron de los sufrimientos públicos, los aumentaron vendiendo aquellas al precio que plúgo á la codicia. El obispado de Guadalajara pretendió aliviar la miseria, y hubiera conseguido algo, si su representante no fuera en aquella época un cura avaro, el Dr. D. José Ignacio Perez, que ya bajo otras formas había esquilnado á las clases mas pobres. Las asociaciones no existian; habia muerto el espíritu de caridad cristiana. Habia pasado la época del inmortal obispo Alcalde, el amigo de la humanidad en 1786, el que con una mano abria el hospicio de Guadalajara y con la otra el hospital, el *fraile de la calavera*, como le llamaba Carlos III, el rey filósofo!

A todas estas desgracias se unieron los horrores de la peste: el cólera nos invadió, permaneciendo entre nosotros mas de diez meses, é hizo, segun los cálculos mas seguros, más de doce mil víctimas, no en el Estado, sino en lo que fué el partido de Aguascalientes; de manera que segun esto, la poblacion fué quintada. La epidemia se desarrolló, pero no en poco tiempo como el año de 1833, sino haciendo que el mal se juzgase endémico, por la insistencia con que pesó sobre nosotros, lo que daba mayores proporciones á las alarmas. Pocas familias no lamentaron la pérdida de un deudo, y algunas muy numerosas desaparecieron, como la del señor Ortuño. No hubo remedios para evitar el contagio ni antídotos para salvar á los enfermos. La ciencia médica fué impotente. Además, las autorida-

des, no impidieron la afluencia de concurrentes á la funcion de San Márcos, no dictaron ninguna medida salvadora, ninguna que evitara tantos estragos, y el cólera no encontró obstáculos para su desarrollo.

Este formidable azote de la peste hacia mas insupportable el de el hambre, agotaba los recursos de muchas clases laboriosas. Uno de los ramos de nuestra riqueza es la horticultura, pero las producciones de ella no encontraban consumidores, menos por respeto á las providencias autoritativas vigentes que por temor á la epidemia. El tráfico se paralizó por el mismo temor, lo que originó la escasez que hace la carestía. No se establecieron hospitales, no se impidieron las reuniones, nada se hizo de lo que la ciencia y la experiencia aconsejan. El clero se contentó con sacar prosesiones y hacer dentro de los templos solemnes funciones religiosas, lo que debió impedir una autoridad menos devota y mas celosa de la salud y la vida de los gobernados. Debió suponerse que la higiene no era desconocida al señor Rodriguez.

Fué una verdadera desgracia para Aguascalientes que en circunstancias tan aciagas rigieran sus destinos hombres que no comprendian los peligros de un orden de cosas anormal, ó carecian de las dotes necesarias para atenuar los rigores de tantos males que se conjuraron en contra nuestra. El infortunio se cansó al fin de abrumarnos, y la epidemia desapareció despues de haber derramado la desolacion y el luto en aquella sociedad mártir. Las cosechas fueron abundantes y el hambre tambien nos abandonó. Solo la anarquía

permaneció en pié, como uno de los lúgubres fantasmas de Milton, en medio de aquel cementerio!

Continuaba la prensa prostituyéndose y corrompiendo á la sociedad; los ódios desencadenándose, la moral sufriendo rudos golpes, la civilizacion espantándose. No habia valladar que contuviese aquel torrente de insultos y calumnias; no se estancaba la corriente impetuosa de los mas recrudescidos rencores, y el porvenir se presentaba todavía mas sombrío y amenazador que el presente.

Entre tantos males algo habia de hacer aquella administracion que mereciese el aplauso del partido, del Estado y de la República. De aquel foco de injusticias y de intrigas, de aquel receptáculo de ódios surgió un pensamiento feliz, brotó una idea salvadora, como de un terreno fangoso brota la verde planta que produce bellísimas flores. D. José María Chavez inició, y aceptaron los suyos con entusiasmo, un proyecto de exposicion de artes, industria, agricultura y minería. Todos ellos perseveraron en su proyecto, tuvieron la energía necesaria para realizarlo; adquirieron recursos; publicaron reglamentos, avisos, etc., y tuvieron la patriótica satisfaccion de que el concurso industrial que tanto honra á sus autores y al Estado, fuese un hecho en Abril de 1851. El éxito superó á las esperanzas: encontraron estímulo el talento, la aplicacion y el trabajo; se palpó el desarrollo de los ramos de nuestra riqueza, y por toda la República repercutió el himno entusiasta que entonó Aguascalientes en loor del progreso, en aquella fiesta que celebraron las clases productoras.

Ganamos en reputacion, en gloria; los Estados fijaron sus miradas en aquel partido de Zacatecas y se adquirió la conciencia de nuestro valer. Pero—parece increíble!—ni este proyecto escapó á la censura, á la critica, á la burla del círculo *triple*, solo porque no fué la idea concepcion suya, solo porque á él no correspondian los aplausos. Y no acalló su destemplada gritería ni cuando vió el éxito brillante de la primera exposicion; no enmudeció ni cuando Aguascalientes era el objeto de los elogios de toda la prensa del país! Así obran siempre las facciones ciegas por el ódio!

Esa misma administracion revivió un proyecto cuya realizacion hubiera producido abundantes frutos, hubiera significado una mejora de trascendentales y benéficos resultados. No era una idea nueva; ella habia nacido en 1804; pero no por esto dejaba de ser útil y patriótico llevarla á cabo. Se trató de abrir un canal que llenarian las aguas del río del Chicalote, y que pudiesen regar una gran parte del valle de Aguascalientes. Se presupuso el gasto en setenta mil pesos y se queria que lo erogase el ayuntamiento, cuyo tesoro en esa época podia emprender la obra. Desgraciadamente las dificultades engendradas por la política local y los temores de una revolucion próxima que ya se anunciaba, impidieron la realizacion de tan grandioso y útil proyecto.